

2000 años de Jesús, 20 años de Romero

Pedro Casaldáliga

Carta Circular

En este “final” y “cambio” de siglo, de milenio, de “paradigmas”, somos muchos, con diferentes tonos y perspectivas, los que expresamos nuestros sueños pensando en una nueva sociedad, y también en una Iglesia nueva. Hay como una especie de ánimo colectivo soñador que se expresa, nos expresa, según necesidades o intereses, pero que palpita impaciente en la humanidad de este año 2000.

A nivel social, político, económico, se quiere un verdadero cambio, y no apenas unas pinceladas de marketing. A nivel cristiano —que no deja de ser también social, político y económico— se trata del Jubileo, que debería ser el verdadero Jubileo, el Jubileo definitivo que proclamó Jesús de Nazaret, tiempo de justicia para los pobres, era de liberación para la humanidad entera.

Los “humanos” de hoy llevamos como unos 35.000 años de camino; tiempo suficiente para aprender las grandes lecciones de la historia. Desgraciadamente, el poder neoliberal que impera hoy en la humanidad se manifiesta como un suicida, “exuberancia irracional” de la especulación, según Alain Greenspan, del todo poderoso Banco Mundial. Y otros altos mandatarios de ese Banco y del FMI acaban de reconocer que “hay que

empezar a tener en cuenta a los pobres..." ¡No se puede prescindir impunemente de la mayoría de la humanidad!

Frente a la muerte de la esperanza que prácticamente nos predica el sistema, el jubileo de Jesús se define desde su proclamación en Nazaret como la liberación total de los pobres.

Cerrando el siglo más cruel de la historia se nos fue a la casa del Padre el profeta dom Helder Cámara insistiendo en la esperanza. Y en este nuestro Brasil de la máxima disparidad social, el pueblo se ha puesto en marcha "multiplicando las marchas" reivindicativas. Y en nuestra América ha resonado, confluyendo, unificándose, el Grito de los Excluidos. Y en el mundo entero la solidaridad va siendo, no sólo "el nuevo nombre de la paz", sino también el nombre inevitable de la sobrevivencia.

El balance de la iniquidad

Las estadísticas y los balances de siempre se multiplican en revistas y en la comunicación electrónica. Continúan siendo, desgraciadamente, los de siempre. Pero ahora, con el peso específico de un fin de época, haciendo memoria y exigiendo pronóstico.

Aproximadamente, las 4/5 partes de la población mundial asisten a la globalización pero no participan de ella. Mil 300 millones de personas han de pasar con menos de un dólar al día. Estimando la pobreza absoluta como un ingreso inferior a 370 dólares al año, Asia tiene 778 millones de pobres absolutos, Africa 398 millones y América 156 millones.

De los 4400 millones de habitantes de los países "en desarrollo", aproximadamente tres quintas partes no tienen acceso a agua limpia, una cuarta parte no tiene vivienda adecuada y una quinta parte no tiene servicios normales de salud. Se calcula que en el nuevo milenio faltará agua potable para el 40% de la humanidad, en este nuestro planeta tierra que es con más razón "planeta agua". Estados Unidos, por otra parte, con apenas un 5% de la población mundial, utiliza el 25% de los recursos mundiales. Con ironía y razón, el sociólogo estadounidense Petras habla de "globalización o imperio norteamericano".

La deuda externa se ha puesto de actualidad como noticia y como desafío. Esa deuda que, según el mismo Papa, "amenaza gravemente el futuro de las naciones"; y que, según las Naciones Unidas, hace morir cada

día en Africa 19.000 niños. Por otra parte, Africa transfiere a Occidente más de 33 millones de dólares diarios.

El movimiento "Jubileo 2000" ha hecho una campaña en el mundo entero exigiendo que se anulen las deudas externas de los países pobres. Se lograron 17 millones de firmas. Poco después corrió por el mundo la noticia alborozada de que los señores del poder mundial iban a cancelar parte de esas deudas. La verdad es que lo que van a cancelar es simplemente unos 25.000 millones de dólares, que equivale sólo al 1% de la deuda total de los países del Tercer Mundo; porque el monto total de la deuda externa tercermundista llega a la escalofriante cifra de 2 billones 30 mil millones de dólares, y sólo 41 países podrán recibir ese "generoso perdón"...

Entre los balances desoladores de este final de siglo y de milenio hay que sopesar amargamente el desempleo y el trabajo semiesclavo, la violencia de todo tipo (sin olvidar, afirmaba Juan Pablo II, que *"la pobreza es la primera violencia"*) y el cínico armamentismo.

El *"Borrador de la Agenda por la Paz y la Justicia en el siglo XXI"*, que responde al "llamamiento de La Haya por la Paz", proclamaba que, *"en Vísperas de un nuevo siglo, es hora de crear condiciones en las que el objetivo primordial de las Naciones Unidas, 'salvar de la guerra a las generaciones venideras', pueda ser realizado"*. Pesan aún en la conciencia los ciento diez millones de muertos de las interminables guerras del siglo XX. Pero todavía, sólo en Africa, hay 18 países implicados en guerras que afectan a 180 millones de personas. En 70 países acechan 119 millones de minas sembradas, y sólo en Angola ellas ya han producido 100.000 mutilados. El ejército mexicano, que tenía en 1995 ciento treinta mil hombres, ahora tiene 40.000 más, sobre todo para impedir las más que justas reivindicaciones de los pueblos indígenas de Chiapas. La administración Clinton ha alcanzado el récord de 21.3 billones de dólares en armamento exportado.

La máxima parte de las víctimas de esas guerras, hoy tan modernas y hasta virtuales, son, como lamentaba Noam Chomsky hablando de Timor Este, "víctimas que no valen la pena".

"La hermana madre Tierra", que diría Francisco de Asís, está siendo brutalmente violada. Sus productos ya no son naturales, son transgénicos. Y sólo en nuestro Brasil, durante un año, se deforestaron 16 mil 838 kilómetros

cuadrados. En la Amazonía se ha talado una media equivalente a 7 mil campos de fútbol por día... La cuarta parte de la superficie de la tierra está bajo la amenaza de la desertificación.

La directora del Programa Mundial de Alimentos, de la ONU, reconocía hace poco la incapacidad de la misma ONU para solventar la “inseguridad alimentaria” en los años venideros, lo que quiere decir que entre 800 y 900 millones de seres humanos —aproximadamente el 20% de la población mundial— están condenados a morir de hambre.

La superpoblación de las grandes ciudades ya es mucho más que una amenaza. Según el informe del PNUD de 1998, en el año 2015 México tendrá más de 19 millones de habitantes, São Paulo más de 20, Bombay más de 26, Xangai más de 17, Buenos Aires más de 13, Metro Manila más de 14 y Lagos más de 24. En los próximos 15 años, pues, el 55% de la humanidad vivirá en las ciudades, cuando en el siglo XIX sólo vivía en ellas el 5% de la población mundial.

El AMI no ha muerto; se está travistiendo. Así como no ha muerto todavía la Escuela de las Américas y se está escogitando una Escuela de Africa, que no es de hoy: de las 53 naciones africanas, 43 han recibido de USA entrenamiento militar y 26 de ellas eran naciones no democráticas.

Ayer, digamos, en su **Manifiesto comunista**, Marx y Engels profetizaban lúcidamente para nuestro hoy neoliberal que “*el poder estatal moderno no pasa de un comité ejecutivo encargado de gerenciar los negocios comunes de la burguesía*”, del FMI, de las transnacionales. Porque es necesario recordar siempre que mientras se paga la deuda externa, obedeciendo los dictámenes neoliberales, no se pagan las deudas internas de nuestros países. Y los gobiernos dejan de estar al servicio de sus pueblos para someterse a un verdadero imperio neoliberal apátrida.

Cuando se propugna tan insistentemente un desarrollo sostenible, debemos entender dialécticamente, para todas las consecuencias de la militancia, que el actual modelo de desarrollo de Estados Unidos y de Europa es no sólo social, económica y ecológicamente insostenible sino también éticamente inicuo.

La memoria subversiva

Vamos a hacer verdad nuestra memoria, “y esa verdad será que no hay olvido” (Mario Benedetti). Ni de la vida, muerte y resurrección de

Jesús, ni de la historia ambigua de su Iglesia, ni del clamor secular, creciente, desoído, de los pobres de la tierra, ni de tantos y tantas testigos de sangre que nos convocan a la fidelidad.

Son **2000 años de Jesús y 20 años de Romero**. Dos fechas que podrán parecer desproporcionadas en un mismo epígrafe, porque Jesús es Jesús, y que sin embargo se relacionan íntimamente. En América Latina, por lo menos, un buen modo, y muy nuestro, de celebrar el Jubileo de la Encarnación y de la Redención, es celebrarlo “a lo Romero”.

Se está escribiendo mucho también acerca de **la celebración del Jubileo**. Han empezado ya hace meses las grandes celebraciones y se preparan otras mayores todavía. No han faltado sin embargo voces oportunas que llamasen la atención.

“En el 2000, la opción por los oprimidos como sujetos –escribe Giulio Girardi– nos impone una toma de partido contra la interpretación triunfalista del Jubileo, que lo concibe como una exaltación del cristianismo histórico. Esa opción exige una reinterpretación del Jubileo como crítica severa no sólo a la civilización occidental, sino (también) al modelo de cristianismo que ha sacrificado la opción por los pobres a la opción por los imperios; crítica inspirada en las imprecaciones contra la religión del templo, lanzada por los profetas y sobre todo por el mismo Jesús en la instauración de la época jubilar”.

Naturalmente, caben las celebraciones, las romerías, el “júbilo” por la venida de Dios en carne y en historia a nuestra tierra humana. Pero deberían realizarse siempre según la humildad y la kénosis de esa venida. Dándole al jubileo toda la sustancia bíblica que nos viene ya de los profetas y que Jesús rehabilitó definitivamente para que fuera un jubileo total y universal; para que respondiera –ésa es la gran finalidad– al corazón de su Padre Dios, nuestro Padre.

Teóricamente todos entendemos que el Jubileo ante todo ha de ser volver a Jesús de Nazaret, al Jesús del Evangelio, a su Causa, el Reino.

Para mi propio examen de conciencia y compartiendo con tantos hermanos y hermanas que caminamos juntos, o que juntos deberíamos caminar, yo subrayaría concretamente:

- **El redescubrimiento del Dios de Jesús**, que es el Dios-Amor, Padre-Madre de toda la familia humana, una y plural. Un Dios capaz “de hacer salir de las piedras

hijos e hijas suyos". Dios de todos los nombres, adorado en todas las religiones, presente de antemano y siempre en todos los corazones humanos.

- ❑ Como consecuencia de esta fe en ese Dios, **una auténtica fraternidad/sororidad universal**, "en la cual se reconocerá que somos los discípulos" de Jesús.
- ❑ Más allá de la ley, contra la ley a veces (y hablo de las leyes civiles y también de las leyes religiosas), **el amor-justicia, el amor-solidaridad, el amor-misericordia**. Un amor parcial, **porque parte siempre de los pobres**, de los excluidos. Jon Sobrino acaba de lanzar un volumen de cristología titulado significativamente "La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas".
- ❑ **La esperanza victoriosa**, que se funda en la cruz del Resucitado y que se traduce diariamente, a nivel personal y a nivel social, en una fidelidad siempre coherente, en una militancia ineludible, en una testimonialidad sin arrogancia pero sin miedo, que va hasta el fin, como fueron tantos hermanos y hermanas mártires. Esperanza vivida y celebrada "contra toda esperanza", a pesar de todas las claudicaciones y fracasos, "a pesar de todos los pesares neoliberales y eclesiales", me hace bien repetir.

Celebrar los 20 años del obispo Oscar Arnulfo Romero, mártir en plena eucaristía, el 24 de marzo de 1980 en El Salvador, ha de ser asumir la herencia de Romero, las causas por las cuales él dio la vida. Su conversión a los pobres. Aquel Jubileo de tres años definitivos que él selló con su sangre. Sus actitudes de escucha, de acogida, de profecía, de esperanza, su modo tan ubicadamente fiel y tan políticamente consecuente de ser pastor. El pueblo, amado, buscado, asumido pastoralmente, en sus angustias y en sus reivindicaciones, lo hizo santo. Y santo lo viene declarando desde su muerte-martirio y como santo lo venera sobre todo en la catedral-catacumba de San Salvador. El verdadero proceso de canonización del buen pastor Romero ha de ser el proceso de la asimilación de sus causas y actitudes.

En este final de siglo es interesante recoger la afirmación de Ludwig Kaufmann, en su libro **Tres pioneros del futuro. Cristianismo de mañana**:

"Tres pioneros de la fe que miran cara a cara la realidad de su presente respectivo..., que indican un camino para que nosotros podamos ser cristianos mañana. Juan XXIII, que confiaba que Dios sigue actuando en la historia, que supo leer los signos de los tiempos y tuvo la valentía de situar a la Iglesia en el camino del servicio a la humanidad. Charles de Foucauld, inspirador de la

comunidad de los hermanitos (y hermanitas), que en avances sucesivos trató de dejar atrás las fronteras y los privilegios de los cristianos europeos. Oscar Romero, que se decidió de manera radical en favor de los pobres y llegó a ser mártir de la Iglesia de los oprimidos”.

La opción profética

A la luz de esas dos fechas, tan nuestras, y de sus exigencias y esperanzas, yo personalmente —y pienso que con millones de hermanos y hermanas de ese soñador colectivo anónimo— quisiera ver las siguientes transformaciones (radicales) en la Sociedad, en las Religiones, en la Iglesia:

1. Como **Sociedad**, contestar eficazmente esa mundialización globalizada, de acumulación de lucro, de consumismo atolondrado y de exclusión homicida, para construir la otra mundialización, a partir de una actitud de mundialidad en todo y cada día. Contra *“la especulación, inversiones golondrinas, privilegio de la circulación de mercancía sobre la circulación del trabajo, información dispensable, darwinismo global”*, posibilitar *“la transparencia y abundancia de la información, la circulación y aplicación de las tecnologías, las inversiones productivas, la universalización de los derechos humanos”*, *“y radicar estos derechos en las políticas locales de educación, salud, comunicaciones, empleo”* (Carlos Fuentes).

Como alguien ha sugerido oportunamente, conjugar constantemente y en nivel mundial los verbos “compartir, participar, prevenir”.

Un objetivo ineludible sería, evidentemente, sustituir la ONU actual y sus instituciones por otras que sean mundiales de verdad, equitativamente, sin privilegios y sin cinismo. Para una mundialidad “donde quepan todos” y todos los pueblos, también los pueblos indígenas, también los minoritarios.

Hace ya un cierto tiempo que se propaga la campaña por la reforma del Banco Mundial. Y se propugna la creación del Tribunal Penal Internacional. En nuestra **Agenda Latinoamericana**, que a partir del año 2001 será “Latinoamericana-mundial”, presentamos un ideario y algunas realizaciones concretas de esa mundialidad “otra”. Hay muchas propuestas y ensayos que van abriendo ese camino; desde la reivindicación insistente de Amnistía Internacional por la abolición de la

pena de muerte en el mundo entero (en un solo año se cometieron 1625 ejecuciones) hasta la creación del “Banco de los pobres”.

Los países, evidentemente, habrían de tener su Estado, soberano y servidor. Las “comunidades económicas” no existirían para imponerse sino para complementarse. Y sobrarían la OTAN y sus adláteres.

Auscultando proféticamente la situación de nuestros pueblos de América Latina (de todo el tercer mundo) y anticipándose proféticamente a la situación más dramática todavía que ha creado el capitalismo neoliberal, Medellín denunciaba: *“Queremos subrayar que los principales culpables de la dependencia económica de nuestros pueblos son aquellas fuerzas que, inspiradas en el lucro sin freno, conducen a la dictadura económica y al imperialismo del dinero”* (2, 9).

Como propuesta alternativa deberíamos cultivar, en todos los niveles, una ciudadanía espiritualmente internacionalista, la solidarización de las respectivas identidades y la internacionalización efectiva de la solidaridad.

2. Las **Religiones** habrán de ponerse de acuerdo, en nombre del Dios de la Vida, del Universo y de la Paz, para el servicio común de las grandes Causas de la humanidad, si quieren ser religiones humanas, expresiones plurales, las más profundas, del alma de la misma humanidad. Esas Causas vitales que son el alimento, la paz, la salud, la educación, la vivienda, todos los derechos humanos, los derechos de los pueblos y las exigencias de la ecología.

Ya se ha escrito la *“Carta de las religiones unidas”* y se ha celebrado, el pasado mes de diciembre, en Sudáfrica, el *“Parlamento de las Religiones del Mundo”*.

Todo fundamentalismo, todo proselitismo, toda prepotencia en la vivencia de la propia religión, la niega, porque niega al Dios vivo que todas las religiones quieren cultivar.

El macroecumenismo, adulto, dialogante, fraterno, pasará a ser una fundamental actitud de cualquier religión que merezca este nombre. Desde la propia identidad, en la apertura a la pluralidad de la adoración y la esperanza. Siguiendo el sabio consejo del ‘sufiran’ del siglo XIII:

“Como un compás, tenemos un pie fijo en el Islam, y con el otro viajamos dentro de otras religiones”.

3. La **Iglesia**, para ser la Iglesia de Jesús, ha de ponerse, exclusivamente, al servicio del Reino y salirse de un autoservicio obsesionado. Para eso, las Iglesias, sobre todo la Iglesia católica, han de abrirse al ecumenismo real... ¡sin esperar al fin del mundo! e inculturarse de verdad, por causa del Evangelio, en los diferentes pueblos y en las diferentes coordenadas históricas.

La revista **Foc Nou**, de Cataluña, ha recogido una serie de propuestas que respondían a la pregunta, tan actual, de “¿cómo habrían de ser los cristianos del siglo XXI?”. Espigo aquí algunas de esas respuestas, que muchos cristianos y cristianas sin duda hacemos nuestras también:

“Con sentido común”, “desprendidos de todo lo superfluo que nos ha invadido”, “convencidos de que Dios quiere salvar a todos”, “interpelados por la humanidad de hoy”, “los creyentes de la poscristiandad”, “haciendo causa vital de las grandes causas de la humanidad”, “con una vital experiencia del Dios de los pobres”, “sin ponerle medida al amor de Dios”, “más fieles al Evangelio que sumisos al Vaticano”, “con una espiritualidad alejada de todo integrismo”, “personas que mantengan viva la esperanza”, “mientras se espera un Vaticano III”, “profunda e íntimamente agarrados por Jesús”, “con madurez humana y de fe”, “chispas del fuego bendecido en la noche de la Pascua”...

Pensando ya más concretamente en nuestra Iglesia católica, habrá que prever en serio la corresponsabilidad y ministerialidad a partir de una profunda revisión del ejercicio del papado y del poder de su curia. No lo digo sólo yo, pobre de mí; lo decimos millones, y lo han declarado abiertamente voces muy autorizadas. El cardenal Ratzinger, en los tiempos de su famoso libro **El nuevo pueblo de Dios**, escribía: *“Necesita la Iglesia hombres con pasión por la verdad y la denuncia profética. Los cristianos deben ser críticos incluso frente al propio Papa, pues determinado panegirismo hace un gran daño a la Iglesia y a él”*.

El cardenal Etchegaray, en la lección inaugural del encuentro “Iglesias hermanas, pueblos fraternos”, realizado el pasado noviembre en Génova, hablaba de la gran paradoja planteada a los últimos papas, *“conscientes de ser (como ministerio de Pedro) el principio de la unidad de los cristianos y que (en realidad) se ven como su dramático obstáculo”*. *“El ministerio de Pedro –añadía el cardenal– que sirve estructuralmente para promover la sinodalidad de la Iglesia, es también de naturaleza sinodal: su función propia no le sitúa fuera o por encima*

del colegio episcopal. El Papa no es de un grado superior al episcopado, y tiene sus raíces en el mismo sacramento que hace a los obispos".

A su vez, el cardenal Martini, en Tierra Santa, presidiendo una gran peregrinación, reconocía que la Iglesia católica debe dar pasos muy fundamentales hacia el ecumenismo, *"entre ellos, el modo de ejercer el primado de Roma, que debe ser repensado"*. *"De hecho—recordaba Martini, lo que ha sido noticia mundial— el mismo Papa se ha declarado dispuesto a repensar y a escuchar sugerencias sobre la forma de ejercicio del primado"*.

La Iglesia está pidiendo perdón por muchos pecados suyos a lo largo de estos dos milenios, pero seguimos siendo pecadores hoy también. Los Sínodos continentales que se acaban de celebrar no han sido precisamente sinodales; no han respondido a las necesidades y a las contribuciones de las Iglesias de cada continente. Los obispos japoneses, por citar un ejemplo, insistían en que *"se considerase bajo una nueva luz la relación entre las Iglesias de Asia y la Santa Sede"*, y específicamente pedían *"un sistema de relaciones basado en la colegialidad y no en el centralismo"*.

La reforma del papado y de su curia posibilitaría —con el "automatismo" del Espíritu y por las expectativas de la Iglesia universal— otras muchas reformas en corresponsabilidad, en colegialidad, en inculturación, en legítimo pluralismo, en ministerios.

En el ecumenismo hay algunas buenas noticias, pero es tanto el camino que falta por recorrer que resultan muy lentas y timidas. El documento de Augsburg, por ejemplo, entre la Iglesia católica y la Iglesia luterana, viene después de cinco siglos de incomprensiones, para acabar diciendo que ambas partes se complementan en la inefable "Justificación"...

Urge sentirnos todos hermanos y hermanas "separados"; nosotros los católicos también. Urge entender el ecumenismo como un ir y venir al encuentro del único evangelio de Jesús de Nazaret. Y urge reconocer las respectivas tradiciones, así como reconocer la legítima autonomía de las iglesias locales, y descubrir en esas tradiciones y en esa autonomía la acción del Espíritu *"que sopla donde quiere"* y que nos *"va manifestando la verdad completa"*. Urge animar a los teólogos y teólogas en vez de

espantarlos en su servicio de sistematización de la fe y apertura de horizontes. Lamentablemente, *“durante el último papado, unos 500 de ellos (y ellas) han sido silenciados de un modo u otro, por el Vaticano”*.

Ante el malestar generalizado, frente a la involución programada y la obsesión por decretar, definir y cerrar el paso, querer un nuevo Concilio Ecuménico –dentro de la próxima década, sugiere el cardenal Martini– no es ninguna frivolidad eclesial.

Que para este nuevo milenio no se pueda repetir la amarga definición que hacía Rahner de la existencia de la Iglesia fuera de Europa, como *“el fruto de la actividad de una multinacional que exportó la religión como un bien que no podía ser alterado y que fue llevado a todas partes a través de una cultura y civilización consideradas superiores”*.

No es derrotismo amargo ni hipercrítica irresponsable. Es amor a la Iglesia y sobre todo al Reino. Es esperanza comprometida. El cardenal Franz König, en la defensa que hacía el año pasado del P. Jacques Dupuis, teólogo del diálogo interreligioso, se desahogaba así, con emoción bien eclesial: *“No puedo permanecer en silencio porque mi corazón sangra cuando veo fallas tan evidentes contra el bien común de la Iglesia de Dios”*.

Programas fraternos

Dentro de las muchas celebraciones —más acertadas, menos acertadas— y respetando todos los gustos siempre que sean evangélicos, siempre que respeten el alma del Jubileo, quiero destacar aquí, invitando al mismo tiempo, unos acontecimientos próximos que nos afectan entrañablemente:

- ❑ En San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, del 20 al 26 de enero se celebrará una despedida-homenaje al Tatic providencial, don Samuel Ruiz, con una semana de teología, entre otras manifestaciones.
- ❑ En San Salvador, del 19 al 26 de marzo, se celebrarán los 20 años del martirio de nuestro “San Romero de América”. Entre otras actividades y celebraciones, el SICSAL (Secretariado Internacional Cristiano de Solidaridad con y desde América Latina) realizará su congreso.

- En el Brasil de los 500 años, mal contados, mal vividos política y económicamente, del 11 al 15 de julio, en Ilhéus, Bahia, tendrá lugar el X Encuentro Intereclesial de las CEBs, por los *"2000 años de caminada"* y como *"Memoria, sueño y compromiso"*.



- En Belo Horizonte, del 24 al 28 de julio, se celebrará el Encuentro Latinoamericano de Teología 2000, organizado por las Sociedades Teológicas de Brasil (SOTER), de Argentina (SAT) y de Uruguay (SUT), pero con alcance continental.
- En República Dominicana, del 1 al 7 de noviembre, y con una peregrinación a Haití, celebraremos la tercera Asamblea del Pueblo de Dios, APD, un nuevo pequeño Pentecostés macroecuménico.
- Y aquí, dentro de la Prelatura de São Félix do Araguaia, en Ribeiro Cascalheira, los días 17 y 18 de julio del año 2001 (dos mil y uno, noten), vamos a celebrar comprometidamente la Romería de los Mártires de la caminada latinoamericana, con ocasión de los 25 años del martirio de nuestro padre João Bosco Penido Burnier.

"Nosotros somos el tiempo", ponderaba San Agustín. Seamos el Jubileo, con toda nuestra vida.

Un solemne ciclo de conferencias, celebrado en ese último año del siglo, se titulaba, ansiosamente: *"En busca del paradigma perdido"*. Nosotros, hermanos, hermanas, no hemos perdido el paradigma, ¿verdad?

[Tomado de Revista «ALTERNATIVA», Nicaragua, Año 6 (N° 14, 2000), pp. 221-234]